

Juana Castro

Nació en la mirada.// Mi mano nunca/ la rozó.// Era una gota de rocío en la ciruela negra.// Nació en la mirada.

Durante las fechas navideñas solía guardarse con esmero el primer trozo de pan recién elaborado y se encendía un fuego que poseía un significado especial, un significado semejante al fuego que nosotros encendíamos en las fiestas de San Juan en un prado.

La cuna

Estoy encinta, y vivo. Me preñó igual que a las ovejas.
Ahora hace la cama con madera de olivo, y canta, y por primera vez me llama por mi nombre.

Porque va a ser un niño como su abuelo, dice, “un hombre de verdad que trabaje conmigo”.

Pero de noche, carga sobre mí su balumba y se olvida del hijo.

Será para cantar, me digo, mientras abro las piernas y me escoro hacia un lado eludiendo su peso porque duele.

¿Qué será lo que siente?

Padre

Esta tarde en el campo piafaban las bestias.
Y yo me quedé quieta, porque padre roncaba como cuando, zagal, dormíamos en la era.
Me tiró sobre el pasto de un golpe, sin palabras. Y aunque hubiera podido a sus brazos mi fuerza, no quise retirarlo, porque padre era padre: él sabría qué hiciera.
Tampoco duró mucho.

Y piafaban las bestias.

En aquel viejo caserío perdido entre montes el fuego era el sacramento de todo el misterio de la Navidad y junto a él nosotros, en medio de una extensa claridad, rezábamos el rosario y cenábamos jubilosos. Nuestros padres nos querían dar una gran alegría y lo hacían de esta manera en este entorno afectuoso.

(De *Del color de los ríos*)

Fuego amigo

Me ha vencido la tormenta de arena del desierto.
Apenas veo ya, esta mañana, día décimo de la guerra, cuáles son
mis tropas aliadas.
Pero sigo cortando.

Mis tijeras no saben. No distinguen el bando ni en qué sangre
deberían poner sus complacencias.
El carbón de las coles
en lo que fue mercado.
Dos zapatos vacíos y una mosca.
Apache capturado. La bandera
blanca de rendición en una zanja.
Barajo
otra vez estas fotos a dos caras,
miles ya en el fardo
que aguanta mi cabeza.
Soy la inmunda, la impura. La apestada.

Lavar, lavar, lavarme.
Pero el río está muerto.
Y me siento en el polvo
de lo que fue marjal
y el cuerpo de un pigargo
me chorrea en el halda.

Ceniza, ceniza cubriendo mi cara y mi cabello,
soy la obscena que baila
al son de las tijeras,
febrilmente, sin saber
lo que corta.

(Inédito)

Yo sí, yo soy político,/ pero no más político/
que cualquier árbol.

Planto árboles/ porque estimo que la vida
es esperanza.

El clamor de los humildes,/ el trabajo de los
humildes,/ el llanto de los humildes,/ se
esparce por el suelo;/ del mismo modo que
agoniza/ este pueblo humilde./ Estoy al
lado de los humildes./ Pertenece a ellos/ la
tierra de mi pueblo.

Llevo en el corazón a mi pueblo,/ a mi
viejo pueblo entrañable,/ con su cintura/ y
su raíz;/ jamás se ha quitado/ la ropa de
trabajo,/ nunca ha conseguido/ la pizca
que ha añorado;/ vive y muere/ y ama a su
tierra/ y le atosigan/ y entonces muestra su
disgusto/ y un clamor/ que no va a parar a
ningún sitio.